

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Páginas
La teología de Karl Barth.....	1
El concepto de la Iglesia.....	13
Interpretación Bíblica.....	24
Constitución de la Iglesia Luterana del Africa del Sur.....	34
Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina	Conceptos referentes a Lutero..... 35
	Bosquejos para Sermones..... 37
	Bibliografía..... 46

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 56

Cuarto Trimestre - 1967

Año 14

LA TEOLOGIA DE KARL BARTH*

En estos estudios sobre la teología de los principales teólogos protestantes de nuestros tiempos, Karl Barth sin duda ocupa un lugar preponderante. Pues por encima de cuanta crítica favorable y adversa que se haya hecho a su teología, no puede negarse que Karl Barth es un teólogo que ha ejercido y todavía sigue ejerciendo una innegable influencia en la teología protestante de nuestros días.

Es difícil definir la teología de Karl Barth, y por varias razones. En primer lugar, Karl Barth es un enigma teológico, "completamente otro" para usar un término favorito de él, ni ortodoxo ni modernista, ni luterano ni calvinista, y sin embargo al mismo tiempo un racionalista entusiasta de cierta línea reformada, que velaba su pensamiento teológico en una terminología que ha sido interpretada erróneamente en gran manera y que quizás hasta fue escogida para ser interpretada así. En segundo lugar, tanto la teología como la terminología de Karl Barth ha sufrido considerable cambio en el curso de los años. Y eso no es algo accidental, pues se oponía principalmente a todo sistema terminado. Su teología, por eso, no es algo fijo sino algo en continuo flujo. Las obras de sus "Sturm und Drang ahre" que brotaban cual impetuosos torrentes de la roca de su alma en rebelión dieron lugar en el curso de los años a obras de un espíritu más quieto. Todo esto, como es lógico, ha dado lugar a juicios muy dispares sobre la teología barthiana, a los cuales lógicamente no podré referirme aquí a causa de su ampli-

Estudio de Prof. J. Berndt, hecho especialmente en base a diversos estudios críticos sobre Karl Barth y presentado en la conferencia pastoral del Sur de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina que se reunió a fines de agosto de 1967 en el Seminario Concordia.

tud. Quiero empero citar brevemente varios nombres con los cuales se ha querido definir la teología de Karl Barth.

Se la ha llamado o "teología dialéctica" porque usa "el método de proposiciones y contraproposiciones". Paul Tillich empero llega a la conclusión de que la teología barthiana no es dialéctica, pues, arguye, "una teología dialéctica es una donde el sí y el no corresponden inseparablemente juntos. En la así llamada teología dialéctica ellos están irreconciliablemente separados, y por eso esa teología no es dialéctica".

Paul Tillich sugiere que la teología barthiana sea paradójica y que allí radica su fuerza. Y en verdad el barthianismo es una teología de paradojas a causa de su constante énfasis en los aspectos "sí-o-no" de sus proposiciones teológicas internamente contradictorias. Dios no está sujeto al tiempo, sin embargo entra en el curso del tiempo. Dios no es conocible, sin embargo se nos da a conocer. Lógicamente las proposiciones paradójicas de Barth no son generalmente tan simples como estas. Al contrario son frecuentemente muy complejas. Pero las usa continuamente en el desarrollo de su teología.

Otro nombre dado a la teología barthiana es el de "teología de crisis". Horton lo define así: "El término crisis refiere aquí no sólo a la crisis de la civilización y teología modernas, sino a la perpetua crisis en la cual siempre se ve envuelto el ser humano cuando trata de resolver sus problemas por sus propias fuerzas. Sobre cada ser humano, cada institución, cada cultura, cada así llamada iglesia cristiana que asume esta actitud antropocéntrica y autosuficiente baja el juicio (griego krisis) de Dios como una tormenta de truenos, y tarde o temprano desciende derecho desde arriba como un rayo fulmíneo, para proclamar que todas las cosas humanas están sujetas a muerte." En un tiempo así de crisis actuó Barth. Su mundo era un mundo en quiebra, en bancarrota, y quería darle su solución, la solución en la revelación divina.

También se denomina ahora generalmente la teología de Barth como "teología de la Palabra de Dios", por su continuo acento en la Palabra de Dios para el conocimiento de la teología. Sin embargo, el concepto de la Palabra de Dios

en Barth es distinto al de Lutero o al de la reforma protestante en general. Barth no identifica la Palabra de Dios con la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios no es para él la palabra escrita en la Biblia. La Palabra de Dios es más bien para él "Dios mismo en tanto habla a los hombres; cuando se encuentra con ellos en las crisis que siempre ocurren en sus vidas. Es, ante todo, Cristo, Cristo que une el golfo entre Dios y el hombre." Por eso el término: Teología de la Palabra de Dios, se presta para confusión; oyéndolo más de uno lo equipararía a la teología de la Reforma, la teología de la Sola Scriptura, teología que Barth sin embargo desaprueba.

Por eso mismo, posiblemente el mejor nombre para definir la teología de Karl Barth sea "barthianismo", pues así se la identifica con Barth como algo único, algo completamente otro, como lo es también en verdad.

Al enjuiciar la obra de Barth deberemos hacerlo desde dos ángulos. Primeramente deberemos enfocarlo contra el fondo en el cual actuó, o para decirlo en otras palabras, de dónde procedió y con qué o con quiénes tuvo que vérselas, es decir, no con un cristianismo histórico y ortodoxo sino modernista y liberal. Deberemos juzgarlo comparándolo con sus contemporáneos. Y en tal relación encontraremos razones para estar agradecidos a y por Karl Barth. Porque arremete contra el humanismo en favor de un Dios viviente y un Dios que ha hablado, y contra el liberalismo en favor de una doctrina del pecado, de la ira de Dios y de la reconciliación divina por medio de Cristo. Schleiermacher, Ritschl y Troeltsch eran tres eminentes teólogos alemanes quienes con sus acerbos ataques habían destruido la tradicional fe cristiana en los círculos eruditos. Sus teologías y las de sus sucesores por encima de las muchas diferencias que los separaban, tendían todas a humanizar a Dios, eliminar el concepto de pecado y deificar al hombre como su propio salvador. Sobrevino luego la primera guerra mundial con las sorpresivas victorias alemanas y la consecuente vanagloria del hombre y prescindencia de Dios en vastos círculos donde actuaba Barth. Luego las derrotas, la vuelta de los vencidos, un orden social caótico con socialistas y comunistas llamando a la subversión contra la ley y el orden,

todo el país sumido en frustración y desesperación. A este pueblo alemán separado de Dios, Barth como un trueno de Sinaí, predicó principalmente una triple doctrina de ley: la soberanía de Dios, la pecaminosidad del hombre y la imposibilidad del hombre por volver a Dios. Y lo hacía con tal ímpetu que parecía que quisiera bajar todo monte y collado y enderezar todo lo torcido. Y la repercusión de su mensaje era tan tremendo que de la noche a la mañana, por decirlo así, era él teólogo en Europa, admirado por todos aquellos que hallaron en su predicación una nueva nota de convicción, la cual habían echado de menos en las vacías enseñanzas de los anteriores líderes religiosos.

Predicaba la soberanía de Dios, y en términos fuertes, atronadores, hasta exagerados. Dios era Dios otra vez, y el hombre era hombre. Dios era "das ganz Andere", lo completamente otro, la imposible posibilidad, el desconocido, el remoto. Es cierto, su concepto de Dios no era bíblico, no era el Dios del Evangelio, sino el de la Ley, del monte Sinaí. Pero ¡cuán diferente era del Dios humanizado o del hombre deificado que se había presentado hasta entonces! Cuando Barth predicaba a Dios, no significaba al hombre; no un ídolo a la semejanza de Dios, sino Dios, el Creador, el Señor, el Soberano.

Y Barth también predicaba la impotencia del hombre frente a Dios, su pecado. Se atrevió a hablar otra vez de pecado original y actual. Por cierto, su definición de pecado no era la del cristianismo tradicional. "El pecado para Barth era que el hombre se hacía a sí mismo Dios. Era la deificación del hombre." Dios está más allá de toda imaginación humana. El hombre no puede llegar a Dios. "Dios está en el cielo, y tú estás en la tierra." El hombre no puede llegar a ser creator Creatoris. "Entre Dios y el hombre hay un vacío que el hombre no puede traspasar por sí mismo. La afirmación de que la creatura posee este poder es idolatría." *Finitum non est capax infiniti*. Por eso, si el hombre ha de salvarse, Dios debe salvarlo. El hombre es impotente, está perdido frente a Dios. Y Dios desea salvar al hombre. Este era el corolario del mensaje que Barth proclamaba a un mundo que se había vuelto indiferente a la salvación. Lamentablemente, como veremos más adelante,

Barth no predicaba en esta relación la plena verdad bíblica, el bendito Evangelio en su incomparable dulzura, pero sin embargo de una manera volvía las almas que angustiosamente buscaban la verdad de vuelta a la Escritura y a la teología cristiana. Y el mundo teológico alemán en ese entonces no escuchaba la teología ortodoxa, pero si escuchaba a Barth.

Contra todo este fondo en el cual actuó Barth, él adquiere un aspecto positivo. Pero dentro de tanta verbosidad y misteriosidad con que suele presentar su teología, suele haber también mucho de insidioso. Y allí es el segundo ángulo desde el cual hemos de enjuiciar la obra de Barth. Hemos de tasarlo por lo que nosotros ya sabemos, por nuestro entendimiento de la teología adquirido por nuestro propio estudio de la Sagrada Escritura, por Lutero, los símbolos luteranos y el luteranismo tradicional. Y no podemos hacerlo de otra manera. Únicamente tasándolo de esa manera sabremos verdaderamente cuánto nos liga a él. Y como luteranos es nuestro deber y nuestro derecho hacer eso.

Otro detalle al cual quisiera llamar la atención antes de tratar sus doctrinas, es su concepto de la dogmática. Barth dice que dogmática es algo que está entre la exégesis y la teología práctica. Y en cierto sentido dogmático no es algo que existe por sí mismo sino relaciona los resultados de la exégesis con la experiencia de la iglesia con el propósito de presentar la doctrina cristiana de una manera coherente, sistemática y oportuna. Barth es uno de los únicos teólogos modernos que conceptúa así la dogmática. No usa la exégesis sólo ocasionalmente o ligeramente sino se ocupa verdaderamente en ella y se compenetra seriamente en la teología no sólo de Lutero y Calvino, sino también de los antiguos padres y de la ortodoxia, y los aprecia seriamente de manera que los cita tanto como Pieper.

Veamos a continuación diversas doctrinas donde se identifica especialmente el pensar de Barth y a través de lo cual podremos formarnos juicio de su teología.

La Doctrina de la Palabra

Aun cuando Barth quiso volver la iglesia a la Biblia y aun cuando encontramos en su concepto respecto de la

Biblia y especialmente respecto de la autoridad de la Biblia, mucho de reconfortante, no podemos menos que afirmar que la primera diferencia entre el luteranismo ortodoxo y Barth lo encontramos justamente en su diferente actitud frente a las Sagradas Escrituras. Veamos su enseñanza respecto de la Palabra de Dios.

La Biblia, dice Barth, es de supremo valor para la fe cristiana de hoy en día. El supremo valor de la misma consiste de que en ella tenemos la palabra del Dios que nos habla. Ella no contiene en verdad los correctos pensamientos humanos acerca de Dios, sino los correctos pensamientos divinos acerca del hombre. Ella no nos dice como hemos de hablar a Dios, sino cómo Dios nos ha hablado a nosotros; no cómo hemos de hallar un camino a Dios, sino cómo Él ha buscado y hallado un camino a nosotros.

Según Barth, los conceptos "Palabra de Dios" y "Sagrada Escritura" no han de identificarse completamente. Sagrada Escritura es una parte de la doctrina más amplia de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios, dice, se presenta de triple manera: En su forma oral a través de la proclamación de la iglesia; en su forma escrita a través de las Sagradas Escrituras; en su forma fundamental, original, a través de la revelación. En tal sentido desarrolla la autoridad y norma de la Sagrada Escritura como testimonio de la revelación divina y como base para la proclamación de la iglesia. A través de ella Él se nos revela, nos habla; y por eso hemos de escucharle. Escogió esa manera de revelarse a nosotros como podría haber escogido también otras maneras.

Sigue diciendo: La revelación ya ha tenido lugar. La "Palabra de Dios" ya ha sido hablada, y recolectando esa revelación hablamos en la proclamación de la iglesia. ¿Qué significa esa recolección? Podría significar la actualización de un revelarse de Dios originalmente presente en todo ser humano. O sea la iglesia podría recurrir a sí misma para recapturar la revelación divina. Como se ve, resulta en una especie de entusiasmo y en considerar incompleta la revelación divina en la Biblia. Sin duda, Dios podría haberlo hecho así, pero es un hecho de que Dios no determinó dar esa libertad a la iglesia, de poder recurrir a un depósito

escondido dentro de ella misma para la proclamación de su mensaje. Le dio a la iglesia la revelación definitiva y final en la Biblia. Y de ella sola ha de brotar su mensaje. Barth en relación con esto sigue diciendo que la Biblia como canal de la palabra de Dios que es, da fe de la revelación de Dios pasada. Y de esta manera ella es lo decisivo para el mensaje de la iglesia.

“Lo que tenemos en la Biblia es testimonio de la ‘Palabra de Dios’... ‘una palabra acerca de la Palabra’ y no la perfecta palabra misma de Dios. Porque cuando Dios habla Su Palabra al profeta, éste primero de todo habla esa palabra a sí mismo. La palabra lo encuentra como la palabra de otro y se quiebra como un rayo de luz en un prisma... Porque no es inerrancia u otra virtud humana lo que hace testigos para Dios, sino la luz de la verdad divina misma brillando en el testimonio de hombres errantes y sólo parcialmente buenos.” Así presenta McConnachie la posición de Barth.

Así, a través de la revelación, la Biblia adquiere una triple cualidad, según Barth. Es visible, porque da fe del evento de la revelación; es relativa, porque la revelación delimita su autoridad; es segura, porque la revelación confirma aquello de lo que da fe la Biblia.

Pero ¿qué es esta Biblia, la cual dice ser el vehículo para la Palabra de Dios? ¿Bajo qué garantía han llegado a ser la Biblia aquellos 66 libros? Barth contesta: La Biblia constituye el canon ella misma. “La Biblia es el canon justamente porque así es.” No nos incumbe a nosotros por qué esto es así, porque entonces nos constituiríamos en árbitros sobre la palabra sagrada. El canon fue formado a través de los años por el consenso de la iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo y como un acto de fe. Y de que este canon esté en forma escrita hace que la iglesia no dependa de sí misma ni se vuelva a un diálogo consigo misma.

Mientras la revelación es la palabra de Dios en forma original e inmediata, la Biblia lo es sólo en forma derivada y mediata. Barth dice textualmente: “La Biblia es la Palabra de Dios en tanto Dios deja que sea su Palabra, en tanto Dios habla a través de ella.” Esto es, no lo es en sí misma, sino cuando Dios se vale de ella: ubi et quando visum

est Deo (donde y cuando le plazca a Dios). También sostiene que nunca toda la Biblia es para nosotros la Palabra de Dios, sino sólo aquella palabra particular que nos toca en un momento dado en una situación determinada.

Barth prorrumpie en invectivas contra un concepto doctrinal de la Palabra de Dios en la Biblia. No yace allí de una manera estática. No es como sostenían los antiguos protestantes, un conjunto de proposiciones reveladas, sistematizadas como las secciones de un libro legal. Tampoco debiera usarse su forma verbal para erigir sobre ella un sistema humano de doctrinas. Pues entonces nos enseñaríamos de la Palabra usándola para fines propios. Eso sería grave infidelidad.

Esta Palabra, alega Barth, no está sujeta a prueba alguna. Ella no es la Palabra de Dios en base a algún juicio humano. Dice Barth: "La Biblia es conocida como la Palabra de Dios porque ella es la Palabra de Dios." La integridad y autoridad de la Palabra tampoco se prueba por la fe individual del cristiano. No podemos decir: "Porque yo creo y porque para mí como creyente la Biblia es la Palabra de Dios, por eso y en tal sentido ella es palabra de Dios." Eso sería subjetivismo de la peor índole. Sería colocar al individuo por encima de la Palabra cuando debiera someterse a ella.

Así, dice Barth, algo completamente nuevo ha aparecido en el escenario; algo diferente no cuantitativa, sino cualitativamente, no superficial, sino radicalmente, de todo lo que pueda conocer el hombre por sí mismo. Esto es la Palabra de Dios. Y el hombre que oyere esta palabra de tal manera que se ase de sus promesas y dice "sí" a ellas, cree. Esta es la fe de la iglesia.

Hay una autoridad en la iglesia, dice Barth, la cual al mismo tiempo es una autoridad sobre la iglesia; una autoridad, la cual es fundamento de toda autoridad eclesiástica. La autoridad con que habla la iglesia no puede ser separada de esa autoridad suprema. La existencia misma de la iglesia consiste en obediencia, subordinación a una autoridad superior. Cuando ella deja de hacer eso, cuando no reconoce más autoridad superior a ella sino ella misma se vuelve autoridad aunque simulada, entonces la iglesia deja

de ser iglesia. Esto, afirma Barth, es la herejía del catolicismo romano y del neo-protestantismo. La iglesia a cada momento ha de verse enfrentada a su Señor, cuya autoridad trascendente está siempre presente en ella. El la cabeza, ella el cuerpo. Y en tal obediencia a su Señor, la iglesia nunca se arrogará autoridad de sí misma. Siempre brillará en la gloria y autoridad de su Señor, gloria y autoridad que nunca serán de ella, sino serán siempre del Señor; y esa será la gloria y autoridad de la iglesia en todo tiempo.

Los testigos bíblicos están en una relación única para con la iglesia de todos los tiempos. Ellos no son meramente los primeros de una larga serie de testigos cristianos, sino fueron llamados y ordenados por Cristo mismo para proclamar su palabra a la iglesia. Su Palabra sola es el fundamento sobre la cual ha de edificarse la iglesia, la palabra de los profetas y apóstoles. Esta es la autoridad de la iglesia. Esta es la autoridad que la Reforma ha querido restaurar de nuevo, la autoridad de la Escritura por ser la palabra de Dios.

Esta afirmación de que la Escritura es la palabra de Dios no requiere prueba alguna de nuestra parte. No tiene ningún sentido y no hay manera alguna para probar esto. La Biblia responde por sí misma, dice Barth. En tal sentido rechaza el veredicto de la ciencia histórica y crítica sobre la Escritura, pues sentaría una norma sobre la norma y dejaría la última palabra en manos de la iglesia. Discernimos la palabra de Dios en la palabra bíblica sólo cuando el Espíritu Santo abre nuestros oídos de manera que oigamos su voz en las palabras de los apóstoles y nos trae así la verdad de Cristo. Así la Biblia llega a ser palabra de Dios. Y a este llegar a ser se refiere la afirmación: La Biblia es palabra de Dios. Ella no llega a ser palabra de Dios porque le acordamos fe, sino la confesamos verdaderamente como palabra de Dios sólo en fe. Esta fe es obrada por la operación interna del Espíritu Santo. El Espíritu es siempre el correlativo de la Palabra. Asentir a la Palabra sin el Espíritu nos llevaría a bibliolatría y ortodoxia muerta. Por otra parte, asentir al Espíritu sin la Palabra nos llevaría a misticismo e individualismo. En tal sentido también la exégesis debe ser una exposición no una imposición, confiscando la

Iglesia a la Biblia. Exégesis bíblica, concluye Barth, ha de quedar abierta a todos lados, no para favorecer el libre pensamiento del liberalismo, sino para una Biblia libre.

Según Barth, la Biblia es un libro muerto, un mero signo, una palabra humana y temporal, condicionada y limitada. Ella testifica de la revelación divina, pero eso no significa que la revelación de Dios ahora está delante de nosotros con una fuerza reveladora. La Biblia, dice, no es un instrumento que imparte directamente. Repudia la idea de que haya un poder inherente en la palabra del Evangelio. Para Barth por lo tanto la Palabra de Dios no es un medio de gracia. Si así fuera realmente, entonces San Pablo estaría jugando con términos al afirmar que la Sagrada Escritura puede (*dynámena*) hacernos sabios para la salvación. Las Escrituras son Palabra de Dios, decimos por eso nosotros, no porque llegan a serlas ubi et quando visum est Deo por operación sola del Espíritu Santo, sino porque han sido inspiradas por Dios y llevan consigo el poder de Dios. Y por eso hablamos también de los dos factores que intervienen en la conversión: El Espíritu Santo y la Palabra.

Barth se impacienta ante la doctrina ortodoxa de la inspiración verbal de la Biblia. Se enfada por ella llamándola "un ídolo supérfluo de la ortodoxia". "Pobre honor hacemos con ella a la Biblia" dice, y acusa: "La doctrina de la inspiración era el principio del fin." Sirvió para endurecer y enfriar la relación entre la Escritura y la revelación y contribuyó a una rígida objetividad de la Biblia. Pero al mismo tiempo a veces parece que Barth favoreciera la inspiración verbal, por ejemplo cuando dice: "Cada parte de la Escritura es en sí misma completamente la Palabra de Dios ." Así hay muchas otras similares. Es difícil decir justamente lo que quiere decir Barth en esta materia.

Para Barth la Escritura fue escrita por hombres falibles y errantes como nosotros, también al escribir la Escritura. Su palabra puede ser considerada una palabra meramente humana. Puede ser sometida a toda clase de críticas no sólo en cuanto a su contenido filosófico, histórico y ético, sino también religioso y teológico. En cierto lugar dice: "Toda la Biblia es vulnerable y por eso capaz de errar aun en cuanto a religión y teología." Dice que el que no toma

este lado humano de la Biblia se hace culpable de docetismo. Dios, dice Barth, podríamos decir se sirvió de los errores, discrepancias y flaquezas humanas para pese a ellos hablarnos a través de la Escritura. Cómo ahora Barth relaciona este lado humano de la Biblia con aquella afirmación suya de que cada parte de la Escritura es en sí misma completamente la Palabra de Dios, eso nos resulta incomprensible. Pero si vemos que este lado humano de la Biblia, según Barth, no quita que ella sea la Palabra de Dios y la autoridad normativa para la iglesia. Sin embargo pese a esa salvedad, este lado humano de la Biblia, sus errores y discrepancias, encierran un grave peligro. Siendo nuestra teología derivada, ¿no se vuelve entonces también algo completamente inseguro, mera aproximación a la verdad, falible en cada palabra? ¿No es entonces "Lehrgewissheit" una presunción, un algo imposible? ¿No se caerá entonces bajo la condena de 2 Ti. 3:7: ¿Están siempre aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad?

Así resumiendo, cuando Barth llama la Escritura Palabra de Dios, hemos de tomarlo con un poco de sal, pues no quiere decir con eso de que la Escritura lleva consigo el poder y la autoridad del mismo Dios, tampoco de que la Escritura sea veraz e infalible como Dios, sino sólo de que ella llega a ser Palabra de Dios. El mismo giro usa también para la proclamación y predicación de la iglesia. Ella también llega a ser palabra de Dios donde y cuando le plazca a Dios. Allí lógicamente Barth tampoco nos resulta satisfactorio. Un predicador proclamando el mensaje de la reconciliación bíblica y siguiendo la orden bíblica: Predica la Palabra, sabe que predica la Palabra de Dios y no precisa quedarse con la duda de si Dios la hará su palabra o no.

En esta relación parece difícil también para Barth evadir la trampa del subjetivismo que tanto aborrece. Cuando la palabra bíblica no es eo ipso palabra de Dios, sino llega a serla sólo cuando nos habla personalmente, ¿no pone eso el peso de la decisión en última instancia en el hombre, en el sujeto? Barth dirá enfáticamente no, pero no puede negarse que esa afirmación deja al menos entreabierta la puerta para el subjetivismo tan aborrecible para Barth.

Para Barth la Biblia no es un libro más de religión, y los profetas no son sencillamente videntes espirituales como los de otras religiones diferentes de ellos sólo en grado, y el cristianismo no es para él solamente una religión más que contiene sólo más verdad que las otras, la mejor religión, por decirlo así. Contra esa posición Barth asume una posición sumamente vigorosa, volviendo siempre a la autoridad bíblica.

Así en resumen podríamos decir que Barth volvió a la Palabra, pero su enseñanza de la Palabra no puede ser catalogada de ortodoxa, tampoco una vuelta a la Reforma.

¿SABIA USTED QUE?

¿Sabía Ud. que la próxima asamblea general de la Federación Luterana Mundial del año 1970 se efectuará en Porto Alegre, Brasil? El comité ejecutivo de la Federación resolvió en su reunión de junio en Waterloo, Canadá, aceptar la invitación correspondiente de la Iglesia Evangélica de Brasil de Confesión Luterana, después de que las medidas inamistosas de la República Democrática de Alemania habían imposibilitado la realización de esta convención en Weimar, como originalmente se había proyectado. La Federación se compone actualmente de 76 iglesias en 40 países con un total de 53 millones de miembros.

¿Sabía Ud. que las iglesias luteranas, y especialmente las de América, se preocupan desde hace 20 años por los sufrimientos de los árabes fugitivos y pobres en Jordania y Siria? Por medio de una ayuda material y eficaz tratan de mitigar estos sufrimientos.

¿Sabía Ud. que en los Estados Unidos de América se editan durante este año aniversario de la Reforma 24 nuevos libros relacionados con Lutero y su obra? La "Concordia Publishing House" publica p. ej. la traducción de la "Historia Ilustrada de la Reforma" del Prof. D. Dr. Oskar Thulin, director de la "Lutherhalle" en Wittenberg.